VIII.

Otro golpe más rudo esperaba todavía á la vanidosa Pepita en aquella mañana tan fecunda para ella en desiluciones y berrinches. A la anterior algaraza había sucedido uno de esos silencios embarazosos que tienen mucho de cómicos y tan peligrosos son para las personas propensas á la risa. Mercedes, que lo era mucho, y Pepito que no lo era poco, habían vuelto à sus asientos, procurando á duras penas mantenerse serios.

Mortificado D. Recaredo, habíase sentado en el filo de una silla, y limpiaba los cristales de sus lentes, con un pañuelo perfumado con agua de Colonia, repasando en la memoria, para consolarse, la disertación que había preparado sobre los estrechos, y las diversas etimologías de la palabra compadre.

Pepita, vuelta casi la espalda al desairado vate procuraba interesar al Condesito desgarrando su pecho, con una tos muy semejante á la que había oido à la última *prima donna*, que destrozó en el teatro de Z** el asqueroso

papel de Violeto Valery. Por su parte doña Angustias, compadecida de la poca airosa situación de D. Recaredo, rompió al fin el silencio preguntándole con su oportunidad de costumbre, si habían quitado ya en la oficina las esteras de invierno.

—No tienen que quitarlas, señora mía—respondió el vate; porque no las ponen en ningùn tiempo.

—¡Mujer!—respondió pasmada doña Angustias

Y encontrando D. Recaredo en el pasmo de la señora y el episodio de las esteras, ocasión oportuna para lucir su discurso, endilgó á doña Angustias, á falta de otro audítorio, todo lo que había leído aquella mañana en el *Diccionario de la conversación*, acerca del origen y uso de los *estrechos*, desde el arca de Noé hasta el año corriente de la era cristiana

Mientras tanto, procuraba Pepito distraer con otro de los fines de su visita á la *dulce tirana* de D. Recaredo, preguntándole sencillamente por su prima Teresa.

—¿Teresa?—exclamó Pepita tau extrañada como si le pregnntase por la cocinera ¿Pero acaso vd, la conoce?....

—No la conozco—replicò Pepito; pero anoche justamente he salido con ella de compadre....

El golpe fué cruel, y Pepita no pudo disimularlo ... Horrible suerte era para ella salir de comadre con D Recaredo; pero que Teresa saliese con el Condesito, era cosa que no

podía soportar su susceptibilidad femenina, y su imaginación comenzó á correr como de costumbre en alas de la envidia, viendo ya á Teresa, á la beata Teresa, á la íntima de Rosita Piña, á la amiga de toda la cursilería santurrona, subiendo como para sí misma había soñado ella, de comadre de Pepito á Condesa de Pineda; de embajadora de Berlin, de Londres, en París, en Viena, luciendo por las cortes de Europa *su, su* (de ella, de Pepita) corona de nueve perlas, mientras la reina de salón, la linda, la célebre Pepita Ordoñez, se quedaba en Z** de *empleada* en Rentas Estancadas, con seis mil reales de sueldo, siendo la Laura de aquel Petrarca sin un pelo que tenía delante, siendo para todo el mundo la *Señora de Conejo!!!* ¡Ni al mismísimo diablo se le podía ocurrir burla más sangrienta!..... ¡E ignoraba la pobrecilla que eran encubridores de la cruel burla, el mismo Condesito objeto de sus ansias, y la misma Mercedes, su amiga del alma! ¡Fiése vd. de las cosas de este mundo!...

Pepita sintió realmente que de nuevo le amagaba el ataque de nervios. Púsola primero pálida la ira, luego verde la envidia, y fingiendo una carcajada que quería ser espontánea y era solo nerviosa, exclamó atropellando hasta por el reparo natural que debía infundirle la presencia del inofensivo D. Recaredo.

—¿Usted compadre de Teresa?... ¡Jesús!... ¡Ya me consuelo!... Gracias á Dios, que no soy yo la única que queda en ridículo!...

—Y de tal manera esforzaba Pepita sus carcajadas, que hasta se olvidó de mantener ocultas bajo el vestido, las cínicas babuchas de pellejo de conejo.

—¡Pero qué ocurrencia, Dios mio!—decia. !Compadre de Teresa!.... Pues es menester que se presente vd. á ella con estola y con roquete.

—Pero mujer—exclamó Mercedes sorprendida. ¿Qué tienes con Teresa?.... Pues es una muchacha guapísima y muy agradable..

—¿Agradable Teresa?—gritó Pepita echando rayos por el ojo sano y centellas por el liciado. Ya quisiera yo que la hubieses oido esplicarse aquí mismo, ayer por la mañana.. No te tocaba á tí chica parte...

—¡A mí?...

—Lo que oyes—replicó Pepita, que sabia bien en donde apuntaba Decía que era un escándalo que las Hijas de María fuéramos à tu casa, habiendo comunión á la otra mañana, que todas estabamos en pecado mortal...

—Pues para que veas—la interrumpió muy sentida Mercedes; ni una sola de las Hijas de María que convidé, ha faltado anoche en casa...

—Lo cual indica—según Teresa, que ninguna tiene juicio; que todas están excomulgadas ..

—¡Pero, hija!—exclamaba apurada doña Angustias. Sí Teresa no ha dicho nada de eso...

—¡Calla, mamá!

—¿Cómo he de callar, si no sabes lo que estás diciendo?...Lo único que decia Teresa era, que no le parecía bien estar hasta la madru-

gada de baile, para ir luego á comulgar por la mañana... Que era preciso optar por una cosa ó por otra, y que aún prescindiendo de lo que ambas son en sí, era más obligatorio en las Hijas de María cumplir sn reglamento, que echar las cédulas de compadres...

—¡Pues llámele vd, *hache!*

—Pues le llamo *erre*, que es cosa muy distinta—replicó doña Angustias. ¿No es verdad, D. Recaredo?...

Vióse el vate comprometido, y no queriendo disgustar ni á la madre ni á la hija, tomó por el camino de su erudiciòn diciendo:

—Siempre han sido lo mismo las Hijas de Marìa... Ya en la Edad Media...

—Pero si hablamos de la edad entera, D. Recaredo...

—Pues por eso digo á vd. lo que cierto Obispo á la reina Ana de Austria, madre de Luis XIV—replicó el erudito hallando al fin una respuesta más aguda de lo que el mismo pensaba. Consultábale la reina si era lícito asistir á ciertas comedias de las cuales no perdía ella una, por ser muy aficionada, y el Obispo le contestó:—Señora, hay grandes razones en contra, y un *alto ejemplo* en pro...

—Pues yo creo—dijo pausadamente el Condesito, que había seguido con suma atención la acalorada polémica, que su primita de vd. Teresa, hablaba como un libro; y cierto estoy de que si mi madre hubiera sabido el compromiso en que ponía su convite á todas esas señoritas, hubiese dejado su fiesta para otro día.

¡Oh, lo que es eso de seguro!—exclamó Mercedes. La suerte fué que la papeleta de la comuniòn llegó tarde à casa, y mamà no la vió siquiera: que si no, nos quedamos sin compadres...

—¿Pero por qué, por qué?—chilló Pepita más rabiosa cuanto màs contrariada.

—Por la misma razòn—replicó Pepito con igual pausa, que si mañana hubiera un besamanos en Palacio, sería una falta de respeto al Rey, dar una fiesta á la misma hora, que quitase la concurrencia á la que él daba.

Pasmábase Pepita de oir hablar así al Condesito, y con una de esas risitas de dientes á fuera que llaman *del conejo*, le dijo al cabo:

—¡Vamos, vamos!... Ya se conoce que ha estudiado vd. con los Jesuitas.

—Y no me pesa que así sea—replicó muy serio Pepito. Pero tenga vd. en cuenta que al decir lo que digo, hablo sólo de tejas abajo-que si hablara de tejas arriba—declaro mi in, competencia,—pero creo que pudiera decirse mucho mástodavía.

—¡Jesús y qué puritano ha vuelto vd. de Bruselas!... Ya veo que no era tan disparata do como yo creía, su compadrazgo de vd. con Teresa...

—Desde que oí cómo pensaba ella, me pareció á mí lo mismo—respondió Pepito; y le aseguro á vd. que tengo ya ganas de conocerla.

—Pues ahí la tiene vd.—replicó vivamente Pepita señalando á la puerta.

Y arrojando al retirarse el traidor dardo

del Parto, añadió con rabiosa burla, pero muy bajo, para que no la oyera doña Angustias.

—Pues mucho cuidado, Pepito... que anda de por medío cierto caballero que llaman Minuto, sacristán de la Parroquia de San Marcos....

Pepito comenzò á sospechar la razón de las malévolas insinuaciones de la Ordoñez, y mirándola un momento con ese justo desdén que inspira á los hombres superiores, la mujer que baja del alto pedestal del decoro, para, como vulgarmente se dice, *meterse por los ojos*, volviòse bauscamente á la puerta.

En ella había aparecido Teresa, y allí se detuvo un momento: su alta estatura y la airosa mantilla que cubriéndole parte del rostro, caía en anchos pliegues por delante, le daba cierta semejanza con la famosa estatua del Pudor (*Pudicitia*) que se admira en Roma, como una de las obras màs acabadas del arte antiguo. Detrás de ella asomaba la exígua figura de Rosita Piña, y ambas volvían de la función de las Hijas de María, después de terminado el almuerzo de las viejas y el reparto de los lotes de ropa.

—¡Entra, Teresa, entra!—le dijo cariñosamente doña Angustias. Aquí están Mercedes y su hermano el Conde de Pineda que quiere conocerte...Anoche ha salido contigode comipadre...

Un vivo sonrosado cubrió el rostro de Teresa, realzando su càndida sonrisa como si la hiciera aparecer en el fondo de una rosa. Saludó á todos sin cortedad ni encogimiento, y fué á sentarse al lado de su prima que no se dignó saludarla, ni tampoco á Rosita Piña. D. Recaredo había cedido à ésta cortesmente su asiento, y el Condesito, al otro lado de Teresa, observaba atentamente la modestia de su traje, realzada por ese encanto que presta á la sencillez la elegancia natural, que es con respecto al lujo, lo que el gusto con respecto á las artes.

—¿Sábe vd.—le dijo con una voz suave y cariñosa que hasta entonces nunca le había oido Pepita, que me encuentro en un compromiso?...

—¿Un compromiso?—repitió Teresa.

—Si, y vd. es la causa de ello...

—¿Yo?...

—Usted misma.... porque á fuer de caballero, tengo que cumplir mis deberes de compadre, regalando á vd. lo que indica esta cédula....

Y Pepito sacaba del guante una cedulita arrollada, mientras Teresa le miraba con cierto candoroso asombro.

—Aquí está indicado el regalo—prosiguió el Condesito; pero es, por decirlo así, un regalo anónimo, y es menester que vd. lo especifique.... Oiga vd. lo que dice...

Y Pepito leyó con mucha pausa la siguiente cuarteta;

¿Qué debe hacer un compadre
Si es caballero de honor?

Hacer el primer favor
Que le pida su comadre.

—¿Quiere vd., pues, hacerme á mí uno grandísimo, diciéndome cuál debo yo de hacer á usted para cumplir como buen compadre?...

Cruzò al oir esto Teresa las manos, que asomaban entre los vuelos de las mangas, bellas y correctas como algunas de Van-Dyck y del Ticiano, y exclamó con una sonrisa de gozoso asombro:

—¿Un favor?... ¿Lo oye vd. Rosita?... ¡Un favor!...Si esto parece cosa de milagro!...Pues ya lo creo que se lo pediré!... ¿No es verdad tìa Angustias?...

—Sí, por cierto—replicó vivamente la viuda, recordando el encargo que la víspera le había dado Teresa Anoche mismo llevaba yo la comisiòn de pedirselo á vd. en su nombre, Pepito.

—Pues esto si que se llama llegar á tiempo —exclamó éste alegremente sorprendido. Veamos, veamos, cuál es ese favor que me proporciona á mí tanta dicha...

—Si es una cosa muy larga—dijo riendo Teresa.

—Pues á fe que no tenemos prisa.

—Y lo peor es que no estoy yo bien enterada...

—Pues enterese vd. y dígamelo.

—¡No, no, ahora no!—exclamó Teresa que no quería referir delante de auditorio tan peligroso, la ridícula desventura de su amiga.

Primero tengo yo que hablar con Rosita...

—¡Hola, hola!—dijo picarescamente á èsta D. Recaredo. ¿Es vd. la ninfa Egeria de la bella Teresita?.....

—¡No, no, no, señor!... Soy la secretaria de las señoritas del Ropero—exclamó Rosita Piña aturdida y escandalizada al oirse llamar ninfa.

—Lo uno no quita á lo otro—replicó el galante vate; y bien merece Egeria tan prndente un Numa Pompilio tan bello.

—¡Pero señor, què misterios!—dijo Pepita, Ordoñez prosiguiendo en su sana intenciòn de poner en ridículo á Teresa. ¿Si querrán entre los dos hacerle conseguir á vd. del gobierno que nombren obispo á su amigo Minuto, el sacristán de San Márcos?...

—¡Jesùs, qué ocurrencia!—exclamó riendo Teresa. ¡Que cósas tienes!... No le haga vd. caso... El favor que tengo que pedirle, se lo dirá á vd. esta señora—añadió indicando á Rosita. Yo se lo ruego á vd. encarecidamente.

Pepito se volvió hacia la difunta oficial cuya resurrección le confiaban, é inclinàndose ante ella como hubiera podido hacer ante la dama más empingorotada de la corte, le dijo:

—Ya tendré el gusto de ponerme á sus órdenes.

Y sin insistir más, variò la conversación, preguntando à Teresa por la fiesta de las Hijas de Marìa.... ¡Oh, todo había estado brillantísimo! ¡Qué función tan hermosa aquella!... Ganas de llorar daba ver aquellas pobres viejecitas. arrastrándose hasta el comul-

gatorio cuajado de luces, sembrado de flores, envuelto en las perfumadas nubes del incienso como si la Majestad divina quisiese desplegar toda su pompa, para probar á aquellos infelices con cuanta verdad dijo que los últimos son los primeros, que todo el que á él llega es recibido, que toda tribulación encuentra en él descanso, paz, consuelo...

Y en el almuerzo, ¡cuánto había gozado luego Teresa! Porque á ella le gustaban mucho los viejos; parecíanle como seres de otro mundo, que llevan ya en la frente un destello de la inmortalidad. Esto le parecían á ella las canas; un rayito de la luz del cielo, que comunica á la cabellera del anciano los reflejos de la palta..... ¡Y que contentas estaban las viejecitas! habían almorzado arroz con almejas y luego bacalao en blanco y de postre torrijas y café con leche. Una de ellas se empeñó en hacer probar á Teresa el arroz en su propia cuchara. ¡Qué risa entonces! A ella le daba un poco de asco: pero lo tomò sin titubear, por no disgustar á la pobrecita. ¡Cuesta tan poco hacer feliz á un humilde y queda luego en el corazón una dicha tan grande, tan dulce, tan santa!..... Sólo un contratiempo hubo en toda la fiesta: a una vieja octogenaria le dió un accidente, ¡Y qué susto se llevó Teresa!... Estaba ella junto á la anciana y pudo recibirla en sus brazos: media hora larga se estuvo quietita, quietita, sosteniendo sobre su seno aquella cabeza decrépita, sin moverse, sin respirar apenas por miedo de molestarla, pidiendo á la

Vírgen Santìsima que no se muriera aquella pobrecita, que tenia unos nietos tan chiquitos, tan monos, tan pobres.....Y la verdad, la verdad, que también le daba á ella un poquillo de miedo de que se le quedase muerta encima, así de pronto, de pronto.....

El Condecíto escuchaba á Teresa embelesado, con esa especie de ternura cariñosa con que se oye la ingénua charla de un niño.....Derepente vino á sacarlo de su arrobamiento un chillido agudo, uno de esos chillidos que solo dá la mujer cuando la matan ó cuando cruza un ratón rápidamente la estancia, meneando á compás el largo rabito.

Espantàrónse todos; D. Recaredo dió un salto expontáneo como para echar á correr, y echò luego mano á la caja de las gafas, como hubiera podido empuñar un revólver. Pepita, echada hacia atrás en la silla, recojidos casi los piés en el asiento, apuntaba con un dedo á Teresa diciendo:

¡Allí! ¡allí!.....¡En la mantilla!....

—¿Qué?...exclamaron todos.

—¡¡Un piojo!!...

Creció el espanto. Asustada también Teresa, comenzò á sacudirse la mantilla.

—¡No, no!—gritaba Pepita ¡que lo vas á tirar!....¡Estate quieta!...

Abochornada entónces la muchacha, paseó en torno una mirada angustiosa, como pidiendo auxilio. Nadie se lo prestaba y ella sentia crecer en su imaginación, hasta tomar las proporciones de un cocodrilo, al asqueroso insec-

to que sin duda le habia dejado allí la anciana desmayada. Acercóse entónces el Condesito, y con la punta de sus enguantados dedos, cogió al feísimo bicho en los encajes mismos de la mantilla.

—¡Que se va á escapar:—gritaba Pepita. ¡No lo tire V. dentro!... ¡Tírelo á la calle!...

—¿A la calle?—dijo con mucha paz el Condesito. ¿Así cree V. que tire yo las perlas?...

Y sacando con gran sosiego su cartera de piel de Rusia, le arrancó una hoja, lió en ella al piojo y se lo guardó tranquilamente en el bolsillo.

—¡Jesus. qué extravagancia!—exclamó Pepita estupefacta. ¡Tal para cual!.. La comadre recoge sus reliquias de sus adoradas viejas y el compadre las va coleccionando..... Cuando vaya V. á Inglaterra, quizá algún lord excéntrico le compre la colección.

—No cambiaría yo este ejemplar, ni por el mismo palacio de Windsor—contestó Pepito.

—Pues si va V. allí de embajador—dijo Pepita con rabiosa malicia; bien puede llevar de embajadora á su comadre.....No le faltará un collar de esas riquísimas perlas.

Despidiéronse todos al cabo, y al salir D. Recaredo, dijo tímidamente á Pepita, indicando su monumental regalo.

—¿Pero es posible, bellísima Pepita, que no me dé V. el gusto de comerse en mi presencia siquiera uno de esos arquitos de piñonate?...

—¡Ni un piñòn D. Recaredo!

—¿Pero por qué, Pepita bella?...En el siglo

XV inventó el holandés Buckals la industria de salar los aranques, y el emperador Carlos V honró su memoria comiéndose uno sobre su sepulcro.

—Pues cuando V. se muera, me comeré yo sobre el suyo una docena de merengues—respondió Pepita.

D. Recaredo bajó la cabeza y dió lentamente dos pasos hàcia la puerta; mas volviéndose de repente á su ingrata comadre, exclamó con el ademàn de Elvino en la Sonámbula:

—*¡Ah!...per ché non poso odiarti?*

IX

De malísimo humor volvió aquella mañana á su casa, el buen P. Rodriguez. La función habia estado magnífica, el cuadro edificante, los resultados prácticos y santos. Pero el grupito aristocrático, la *créme*, *l'élite*, las señoritas *hupées* del *Palomarico de la Vírgen* que en su bendita ignorancia de esta jerga de salón, llamaba sencillamente el buen Padre, como en